

CAMPESINOS INMIGRANTES

Por Gastón Gori para el Litoral

24 de febrero de 1958

I

La más fructífera experiencia completada en Santa Fe con la entrega de la tierra sin gravosas condiciones, quedó delimitada a un breve período y su ascendiente creó el clima necesario para atraer hacia la tierra a inmigrantes, agricultores europeos. Los que llegaron inmediatamente después en muchos casos fueron conchabados por los de la primera época de liberalidad oficial en la Confederación, y formaron, junto con sus connacionales el pequeño capital indispensable para afrontar por sí mismos nuevos contratos con terratenientes o concesionarias con empresas de colonización. Del período preparatorio actuando como jornaleros, peones o medianeros en chacras pertenecientes a extranjeros establecidos, pasaron a engrosar las filas de los agricultores de nuevas colonias. Y en estos casos que tipifican el proceso en vastas zonas agrarias, la demora en ser propietarios –cuando llegaron a ello- computa esos primeros años preparatorios de orientación en la Argentina, por no haberseles entregado directamente, masivamente, sin restricciones gravosas, la tierra pública. Este sistema natural de encarar la entrega de tierra, fue el que traía imaginado el inmigrante. La realidad argentina lo ahuyentó –en cierta medida- de la agricultura y fue a engrosar las multitudes de las ciudades crecidas vertiginosamente con su aporte, eficaz, desde luego, para la economía del país, pero perdido para la gran industria agraria. Así tenemos en todas las provincias, como resultado, rezagos del desierto transfigurado bajo otro nombre y con alambrados...

Los antiguos colonos de mediados del siglo XIX que se establecieron cuando la tierra se pudo adquirir a bajo precio o con la entrega de parte de las cosechas a plazos determinados, ingresaron a nuestra pequeña burguesía agraria.

Sus recursos les permitieron comprar a plazo en su misma colonia o en otras cercanas, concesiones que hicieron trabajar, a su vez, por inmigrantes. En compensación del uso por otro de su tierra nueva casi siempre gravada con hipoteca, recibía el tercio, el cuarto o la mitad de los productos cosechados, o el pago en dinero del arrendamiento. Con esa renta, extraída con el trabajo ajeno, amortizaba su deuda y se convertía en propietario de las tierras donde fueran producidas. Todo consistía en ver con claridad el sistema por quienes eran ya propietarios de una o más concesiones que trabajaban con sus familiares. Porque adquirir otras generalmente a título de hipotecarios, respondía al estímulo del ofrecimiento masivo de mano de obra desamparada. Si con el beneficio aportado por sus dependientes cumplía con sus obligaciones de pago, el éxito resultaba perfecto. Esta pequeña burguesía campesina complementó el sistema apuntado con préstamos usurarios, con la compra de trilladoras que servían a otros campesinos, mediando el pago en dinero o porcentaje de cosecha, o ingresaron como accionistas en sociedades comerciales influyentes en la actividad de la colonia. Tuvieron desde el principio sus émulos en los

terratenientes cuyos métodos copiaron en escala reducida. Fueron progresistas. De entre ellos surgieron industriales que abastecieron las necesidades de su zona. La naciente industria liviana tuvo en ellos impulsores decididos en las colonias y a ellos principalmente se debieron las instalaciones de molinos harineros, las fábricas de carruajes y máquinas agrícolas. Representaron más que los pequeños propietarios, el tipo de campesinos inmigrantes enriquecidos, y concluyeron por tener su domicilio en los pueblos o ciudades. Algunos se convirtieron a su vez en “colonizadores”, según la palabra consagrada, aunque por la naturaleza, según la palabra consagrada, aunque por la naturaleza de sus operaciones debe calificárselos de compradores y arrendadores de campos. Otros viajaron a Europa y atrajeron inmigrantes con el ascendiente de su propia fortuna que fuera exhibida como ejemplo. Alegados del trabajo directo en el campo, se rodearon, en las ciudades, de contadores, apoderados, empleados de oficina requeridos por la prosperidad de sus actividades: gravitaron sobre legisladores y fueron a las luchas cívicas por dirigentes políticos. La Argentina fue para ellos tierra de fortuna y aspiraron a codearse en el rango social con la aristocracia ganadera e industrial. Evadidos por su riqueza de la clase trabajadora, sus intereses estuvieron en pugna con las luchas de esta última. Resistieron con apoyo oficial los movimientos reivindicatorios de campesinos y obreros; maniobraron con el comercio interno de granos. A las industrias madres, origen de sus propias fortunas, las consideraron suficientes para alcanzar el bienestar nacional. Estos inmigrantes enriquecidos, que ignoraron nuestra historia, que vivieron casi al margen del desarrollo cultural del pueblo, que exaltaron constantemente la producción industrial europea, que se mantuvieron desdeñosos de la capacidad de los argentinos, fueron los aliados naturales de nuestra oligarquía y padecieron, con el correr de los años, como industriales, los efectos de la estructura económica que contribuyeron a afianzar.

II

Junto al inmigrante pequeño, mediano o gran propietario permanecieron trabajando jornaleros o arrendatarios que no tuvieron tierra propia por las dificultades del sistema de colonización o porque en las colonias donde radicarán ejercieron oficios artesanales y subsidiariamente trabajaron en el campo en época de cosechas, o porque, careciendo de familia hallaron la solución inmediata al problema de subsistencia conchabándose. Este tipo de inmigrante campesino se estabilizó en el círculo cerrado de su condición de mando de obra disponible para el trabajo en campo ajeno. En este grupo se clasificarían los que cambian de patrón con frecuencia, los que se alejan y retornan periódicamente a la actividad agraria. Vivieron en condiciones precarias y sus vínculos más evidentes los acercan a las poblaciones, y a pesar de que son trabajadores del campo viven como marginados de él. Más que proveer de arrendatarios o medieros, de esta falange de inmigrantes pobres se forman las peonadas de las colonias; son, según la calificación de una estadística, “Personal de fatiga”... No tienen, como sus patrones propietarios, abierto ningún horizonte inmediato como trabajadores libres en el sentido de que se le diera a esta palabra con relación al laboreo de la tierra. Son, por lo general, los que se conformaron con ganas cuatro reales en el campo sin decidirse por los cuatro pesos de la ciudad. Son los que no enviarán fotos, ni dinero a Europa... Si abandonan el campo, se convierten en carreros, changadores, estibadores, etc. en las poblaciones desarrolladas a favor de la agricultura y del ferrocarril. No figurarán en las

nóminas de los fundadores de colonias aunque estuviesen en ellas desde sus comienzos. Son los sin historia de la prosperidad nacional. No se involucran en la observación de Huret sobre la transformación del inmigrante en tierra argentina cuando dice: “Es como una especie de liberación, de resurgimiento de una crisálida que dormía bajo la envoltura embrutecida del perseguido o del esclavo”. Porque a pesar del auro de progreso y de riqueza de que está rodeado, no logra superar su continente de inmigrado con antigua servidumbre, ni “sonríe a la luz de la inteligencia, al trabajo libre, a la ambición y a la esperanza”.

Nómades del agro, sus rutas de trabajo se escalonan en las estaciones ferroviarias, y recalán en la vejez de los pueblos pequeños donde tienen conocidos, parientes quizá. Su rica historia de trabajo tiene en ellos mismos sus rapsodias orales y computan, a través de su vida, el conocimiento de patrones a quienes sirvieron de cosechas pasadas, de trabajos increíbles, de jornadas excepcionales de las que se muestran orgullosos como forma de exhibir su fortaleza. De ellos comúnmente es conocida su condición y su nacionalidad, o en la ignorancia general de su procedencia se involucra el tácito desconocimiento de las vinculaciones afectivas o de intereses que los unieran a las poblaciones europeas de donde se desgarran. Subyacen como elemento de trabajo olvidados en los planes de desarrollo de la agricultura aunque su presencia en el corpus nacional resultase un incentivo para los acaparadores de tierra. Decantados hacia el fondo, constituyeron una poderosa fuerza aprovechada, pagada y abandonada. El sistema a que se sometieron, no hizo de ellos hombres altaneros. El aborígen, el gaucho, es casi su igual, pese a las diferencias de raza, de ocupaciones, de procedencia histórica y de temperamento.

En la sociedad ocupan el estrado inferior: están igualados ambos en el abandono y en las estadísticas de peones. Tanto uno como otro sabe trabajar en chacras y en estancias, aunque por determinaciones de origen y de procesos históricos, el gaucho prefiera el trabajo ganaderil con el que estuvo consustanciados. Gaucho- estancias forman una relación de sugerencias más reales que las que surgirían de un intento de relación estancia-inmigrante. Esta última no determina una característica nacional. La primera nos retrotrae el estado de la economía pastoril y se prolonga abarcando el período del desarrollo extensivo de nuestra agricultura y la actualidad, como el gran reducto de las fuerzas sociales que se apoyan en el dominio de latifundios.

La estancia, donde encuentra su cabida natural el gaucho, bordea colonias y les impide su expansión divisoria de tierra. Colindan, y a fines del siglo XIX quienes trabajan en una u otras, tipifican el proceso agrario en cuya dinámica intervienen ganaderos y colonizadores. Una desprevenida o interesada exaltación de un sentido de vida nacional, hará que predomine la figura del gaucho asalariado como prototipo, en desmedro de exigencias populares que se tradujeron en el lema “subdivisión de la propiedad” encarnado por campesinos sin tierra o con escasa superficie labrantía.

La masa de inmigrantes pobres, en la época en la que se realza la figura nacional del gaucho –que no reivindica para sí la tierra- era de reciente presencia en el medio agrario y de su seno no se transfigura –por razones éticas, sociales y quizás políticas un tipo popular que conjugue el núcleo de problemas existentes. La exaltación de origen oligárquico del retrato psicológico del gaucho –

después de perseguido, explotado y destruido- encubre la realidad del campesino de fines del siglo pasado. Su sobriedad alabada, su desinterés –tareas gratuitas en las yerras- su capacidad de trabajo, su individualismo que no lo inclina hacia la unidad combativa política y social de clase, fueron las cualidades que se quisieron trasvasar como ideal de hombre argentino en las modalidades del campesino de origen extranjero. Cada vez que ante un problema de la vida colectiva se comienza pensando en la psicología y no en las condiciones objetivas, podemos temer que anide agazapada una tentación, consciente o subconsciente, de granjearse un derecho a la violencia sobre las personas, relevándose de ajustar ante todo las cosas.

Esa formidable figura que se construyó con el nombre de gaucho, indica, más que la presencia de un tipo nacional –avasallado y superado- el triunfo de la burguesía ganadera en el dominio de la economía, de la política y de la orientación cultural del país. Bajo la ancha sombra histórica del gaucho, no pudieron cobijarse los campesinos sin derecho de propiedad sobre la tierra trabajada. Sus émulos estrictos tardaron en surgir: son de 1900 en adelante. Mientras tanto, sobre la relación gaucho-estancia se profundizó el acento para destacar excelencias nacionales. La atracción nefasta de su lirismo retardó la precisa consideración de la problemática campesina pese a la potencia de su realidad. Durante medio siglo la figura retórica del gaucho trastendió a la masa de inmigrantes e hijos de inmigrantes sin tierra relegándosela hacia el desinterés por ella; en cambio le destacó la de campesinos propietarios, la de colonizadores acaudalados, de empresarios y hombres de negocios de origen extranjero, de modo que no se perdiera de vista la liberalidad del sistema que los favoreciera en el período de la formación de nuestra burguesía terrateniente...

<http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/25262/?page=6>